

# INSCRIPCIÓN EN UNA TRADICIÓN DEL ESTUDIO DE MUJERES

POR ADRIÁN FERRERO

Se me ha hecho notar, en algunas ocasiones, cada vez menos porque se han comenzado a leer distintos trabajos de mi autoría que antes o bien no habían sido publicados, o bien no se daban a conocer o bien no los producía en la misma cantidad que en este momento, que escribía una gran cantidad de artículos o libros sobre la problemática de la mujer. El tema, en cualquier caso, no podría gozar de mayor actualidad, y el género y la literatura escrita por mujeres se ha instalado prácticamente como una agenda obligatoria. Yo, sin embargo, comencé a interrogarme y problematizar el acontecimiento de que se leyeran solamente varones desde alrededor de 1992 aproximadamente. Y investigarlo académicamente desde 1996, publicando primero entrevistas en revistas académicas o bien reseñas de libros de autoras en diarios, periódicos o revistas. No pretendo con estas afirmaciones pasar por un gran adelantado porque no lo he sido. Ha habido investigadoras académicas feministas que lo han hecho desde mucho antes. Tanto en la Universidad Nacional de Buenos como en otras. O bien iniciativas editoriales independientes, como lo fue la revista y editorial *Feminaria*, dirigida por Lea Fletcher, en la que publiqué una entrevista a la escritora argentina en actividad Tununa Mercado. Lo que aspiro a decir con esto es que no se trató en mi caso de oportunismo, moda o interés reciente, sino que viene desarrollándose de modo sistemático desde largo tiempo atrás y profundizando en él como un núcleo semántico potente irradiador interpelación social que me viene preocupando de larga data. Vale recordar que tuve acceso gracias a Jornadas o Congresos en la Universidad de Buenos Aires a mesas de venta de material bibliográfico de la editorial. *Feminaria*, que publicó muchos ensayos o bien literatura de contenido feminista y varias traducciones realizadas por mujeres sobre autoras también femeninas.

De modo que me gustaría hacer una aclaración que considero importante respecto de mi trabajo crítico, no solo en torno de la literatura y la poética, sino también la teoría y la sociocultura. Que yo consagre buena parte de él a la producción de escritoras o artistas mujeres, no significa que las considere superiores a las de los varones necesariamente o las únicamente relevantes. Esta decisión crítica y esta intervención también crítica y teórica ha tenido que ver con muchos factores que largo sería enumerar. Pero daría algunas pistas concretas al respecto. Tuve una abuela universitaria graduada en la Universidad Nacional de La Plata (Argentina) a la que se le pretendieron imponer fuertes obstáculos e impedimentos para que lo hiciera. Ella no obstante con un gran poder de determinación los superó y se diplomó como Prof. de Química y Mineralogía. Fue una intelectual. Dirigió un Colegio dependiente de la Universidad Nacional de La Plata, el Liceo "Víctor Mercante", concibiendo un proyecto pedagógico y didáctico de avanzada, el Plan '60, que las investigadoras de mi Universidad, donde me doctoré en la carrera de Letras, cuando he dialogado con ellas, lo evocan como de punta, con gran admiración hacia el trabajo de mi abuela y hacia mi abuela. Ese Plan fue publicado en libro. Yo dispongo de ese libro. Convivir prácticamente a diario con una mujer de estas características, que había viajado desde muy joven por Europa, que se había

instruido mucho, que gozaba de conocer de arte tanto como de ciencia, supuso muchísimo más que la lectura de bibliotecas enteras de libros sobre estudios de género o feminismo, como se podrá imaginar cualquier persona con noción de lo que significa la conformación identitaria de una persona. Igual senda siguió mi madre, dirigiendo el mismo Colegio, muchos años después, con el mismo espíritu innovador, también con un Plan de estudios sobresaliente, pero en tiempos vergonzosos para la cultura argentina y con una población adolescente en un estado realmente preocupante que manifestaba una falta de respeto hacia los docentes, las autoridades y entre sus pares, de naturaleza alarmante. Una población escolar en los que ya se había encendido el fantasma de la agresión y de la violencia. Mi madre y sus vicedirectoras aun así tuvieron la capacidad y la fortaleza para llevar adelante exitosamente y con espíritu renovador la misma empresa que en aquellos años '60 había llevado mi abuela. Pero con todo en contra, en un sentido muy distinto del de aquella.

Ya habiendo definido mi vocación como escritor a mis 19 años, si bien naturalmente estaba en etapa de formación, de formación intensiva, por un lado, y de maduración de mi escritura por el otro, sin embargo me permitieron reflexionar lentamente sobre lo que significaban los procesos de escritura, su dimensión creativa y ejercerlo de modo incesante. Mi asistencia al taller de escritura del autor, traductor, editor y periodista cultural argentino Leopoldo Brizuela de La Plata supuso el descorrimiento de un velo que largamente cubría una producción riquísima e invisibilizada de literatura escrita por mujeres de las más diversas nacionalidades. Allí leímos cuentos de Flannery O'Connor, a Susan Sontag, a Cristina Peri Rossi, a Carmen Martín Gaité y se dispersó entre nosotros una variedad informativa de naturaleza notable. Yo ya había perdido la ingenuidad y sabía, ahora sí, que había toda una serie de autoras brillantes, que no era solamente Simone de Beauvoir, a quien venía leyendo desde 1989, que debían y merecían mi atención para una educación más justa y más completa si aspiraba a ser un escritor con amplitud de criterio y con una formación amplia. La perspectiva había cambiado, el enfoque que durante tantos años al que el canon escolar nos había privado de tener acceso, rápidamente se vio puesto en cuestión.

Hubo otros talleres de escritura a los que asistí en los que también leímos a escritoras. Asistí de modo sistemático durante alrededor de tres años al taller del escritor de La Plata Gabriel Báñez. Un gran maestro de escritura para mí. Fue una figura tutelar que año por año ha fallecido pero ha dejado un legado en mí a la hora de sentarme producir un texto de manera inolvidable. Jamás omito sus consejos ni dejo de tener en cuenta las advertencias respecto de las formaciones gramaticales que él me señalaba. Él nos hizo leer a Silvina Ocampo. Y me abrió la puerta a Alicia Steimberg: sus novelas *Músicos y relojeros* y su novela erótica *Amatista*, que luego serían decisivas en el plano académico.

Ya graduado en la carrera de Letras de la Universidad Nacional de La Plata, supe que quería trabajar sobre escritoras. Dudé entre tres de ellas a la hora de aplicar a una beca: Griselda Gambaro, Angélica Gorodischer y María Elena Walsh. Elegí a Angélica Gorodischer, si bien arrepiento de haberlo hecho porque también manejaba el nombre de María Elena Walsh con intensidad, como dije. Un encuentro casual en una confitería con una amiga de mis padres, surtió el efecto persuasivo de que debía desistir de ella y encontrar otro. Fue así como llegué a Gorodischer. A continuación, como corpus de investigación para una serie de las tres becas de investigación bianuales sucesivas que fui obteniendo

por concurso elegí siempre a escritoras. Angélica Gorodischer, Alicia Steimberg, Ana María Shua y Tununa Mercado. Pero no lo hice pensando a la hora de tomar esa decisión en razón de que eran mejores que sus colegas varones y, en ese momento puntual, lo hice también sin intención reivindicativa alguna. Simplemente me sentí atraído por esas poéticas, disfrutaba mucho cuando las leía, en algunos casos advertía sentido del humor, transgresión producto de aquél o transgresión por otros motivos. Había puntos en común entre ellas y en otros de divergencia. Pero precisamente esos matices eran los que garantizaban la posibilidad de pensar en contrastes. En la producción de conocimiento comparatista. Eran autoras que, por cierto, en Argentina estaban poco investigadas académicamente. No así en EE.UU., donde se habían manifestado con mucho mayor interés en sus poéticas. Probablemente el periodismo cultural les hubiera consagrado espacio a sus novedades bibliográficas o entrevistas. Crónicas a sus escritos. Pero el trabajo que yo me proponía era otro. Nada tenía que ver la investigación en profundidad de poéticas con el periodismo cultural por lo general realizado por personas sin ninguna clase de formación seria en literatura.

Mi pasaje por los estudios de género con la asistencia a seminarios impartidos por la Dra. María Luisa Femenías, en mi Universidad, experta en el tema estudios de género con énfasis en estudios sobre la mujer, naturalmente cambió las cosas de modo radical. Ella ha obtenido numerosas becas y se doctoró en la Universidad Complutense de Madrid. Asimismo, es ganadora del Premio Konex 2016 en el área Estudios de Género. Realicé y aprobé mi tesis de Licenciatura en Letras en la Universidad Nacional de La Plata quien es feminista, motivo por el cual, en mis entrevistas de investigación, que fui publicando a lo largo de todos esos años, el tema surgía pero yo no disponía de herramientas teóricas para su abordaje hasta que la Dra. Femenías, de larga trayectoria en el tema, me instruyó y me formó en ese campo del conocimiento. Leí mucho, tuve acceso a bibliografía orientado por ella (una gran formado en recursos humanos) y también leí todos sus libros. Lo que significó una bendición. Mi tesis doctoral consistió en un estudio realizado a partir de un análisis contrastivo entre las poéticas de las escritoras argentinas Tununa Mercado y Angélica Gorodischer, ambas feministas, me puso frente a la obstinada investigación en torno del tema género en uno de sus apartados. La Dra. Femenías fue mi co-directora de tesis doctoral. Poco antes, la Dra. Femenías generosamente me había invitado a formar a integrar un equipo de investigación sobre estudios de género en relación con estudios sobre la mujer pero en torno de un marco concreto, "Sujeto, género y multiculturalismo", para el cual me fue asignado o elegí a la escritora y filósofa Simone de Beauvoir, a quien venía leyendo desde 1989 sistemáticamente por otra influencia. En efecto, en el Colegio Nacional "Rafael Hernández", dependiente de la Universidad Nacional de La Plata, en mi bachillerato, la docente del último curso de Filosofía, la Prof. Beatriz Hebe Crespi, me la había señalado como una lectura insoslayable porque vio en mí al lector que sería en todo su alcance. Y no se equivocó. Me convertí en un lector impenitente de Simone de Beauvoir. El equipo de investigación de la Dra. Femenías era de naturaleza interdisciplinaria. Como resultado de sus investigaciones se publicó un libro compilado por ella, *Feminismos de París a La Plata* en Buenos Aires en Editorial Catálogos, en 2006. En ese libro hay un artículo que escribí sobre el modo en que Simone de Beauvoir transpone ideas de teoría o filosofía de género avant la lettre (si bien estas nociones no habían sido acuñadas) a algunas de

sus ficciones. Simultáneamente, en mi carácter de autor de ficciones, escribí una novela sobre Simone de Beauvoir y sobre los existencialistas franceses. Para escribir esa novela estudié mucho. Recuerdo que pasaba jornadas enteras leyendo estudios, biografías, autobiografías, epistolarios, diarios, ensayos, polémicas, en fin, un trabajo que en lo personal me resultó riquísimo como fermento documental para escribir ficción. Me di cuenta en ese momento de qué modo la ficción documental puede resultar también apasionante para reconstruir un ambiente intelectual de época, reconstruir un campo intelectual, registrar nombres importantes a la hora de determinar qué rol ocuparán en la ficción y de qué modo lo harán. Cuáles son las discusiones que puede que tengan lugar o las polémicas. En fin, el trabajo que puede aportar a la ficción la información y la formación.

Como un desprendimiento natural y espontáneo de todo este trabajo preliminar de búsquedas, indagaciones, problematizaciones, desnaturalizaciones, búsquedas, en fin, el trabajo que supone tanto la creación como la producción de conocimiento científico, realicé toda una investigación en torno de autoras argentinas de todos los géneros y de varias generaciones. Esa investigación se vio coronada por un libro, *Sigilosas. Entrevistas a escritoras argentinas contemporáneas* (La Plata, Ed. Malisia, 2017). Este libro adoptó la forma de entrevistas que antes habían sido publicadas en revistas académicas de EE.UU., en particular *Hispanamérica. Revista de literatura* (University of Maryland), *Chasqui: revista de literatura latinoamericana* (Arizona State University) y *Confluencia. Revista hispánica de cultura y literatura* (University of Northern Colorado), entre otras igualmente prestigiosas. El Dr. Saúl Sosnowski, Editor de la revista *Hispanamérica*, generosamente escribió la contratapa de ese libro. El libro fue presentado a un Programa de fomento de promoción editorial y fue seleccionado por concurso. Fue publicado y salió de imprente el 17 de diciembre de 2017.

En el marco de mi carrera académica realicé toda una serie de reseñas de novedades bibliográficas de autoras argentinas o latinoamericanas en revistas académicas de EE.UU., entre las que manifestaron particular interés. Entre las latinoamericanas a Diamela Eltit (a quien entrevisté en tres oportunidades y dos de esas entrevistas figuran en dos de sus libros por expreso pedido suyo) y Margo Glantz. En el presente me resulta completamente espontáneo escribir más sobre autoras que sobre autores porque aquella investigación para mi libro de entrevistas supuso la lectura de todos sus corpus para realizar las hipótesis de lecturas para elaborar los cuestionarios por escrito para las entrevistas a las escritoras. Muchas de ellas se manifestaban preocupadas por el tema de la reivindicación de los Derechos de las Mujeres no solo en el marco de la poética. Y otras rescataban en colecciones que dirigían a autoras olvidadas de sus provincias. Otras eran académicas que sí estaban interesadas en el tema género. De modo que tengo mayor formación y saberes en torno de esos corpus y esa formación teórica que sobre la de varones. También entrevisté a varones durante todos aquellos años, desde Ricardo Piglia, Noé Jitrik, Eduardo Berti, José Pablo Feinmann, entre otros. Pero escribo en la actualidad también sobre varones, como lo hice siempre. He leído bibliografía sobre género en torno de la masculinidad, que también me interesa. Y sumo a mis intereses temas que nada tienen que ver con el género sino con teoría de distinto tipo, los procesos de génesis y procesos de la escritura, reseñas críticas o trabajos sobre cine de autores varones o mujeres, reseñas bibliográficas de autores varones de

diversas identidades de género, entre varios otros temas. Vengo realizando toda una serie de investigaciones creativas en torno de artes plásticas y fotografía con prosas poéticas para publicaciones en revistas culturales de NY y México, tanto con varones como con mujeres, prosigo con mi escritura creativa (poemas, cuentos ensayos), temas de actualidad en algunos pocos casos (como el COVID-19), entre muchos otros que me resultan apasionantes. Agregaría, como para cerrar, que considero las reivindicaciones en torno del género son por mí consideradas a esta altura de mi vida como un asunto de naturaleza ética, no solo social, en virtud de la violencia física y simbólica a la que han sido sometidas a lo largo de la Historia las mujeres y lo siguen estando, ya lo ven, un asunto que no atañe solamente al género sino a la relación con el semejante y la ley moral. Tengo una hija. No quiero ese mundo tampoco para ella, de modo que también en lo relativo a mi autobiografía o a mi historia personal me involucre con el tema género por motivos personales, tal como lo hiciera, en aquellos tiempos remotos, por mi abuela. Considero que un sujeto crítico corresponde explicitar sus premisas y marcos teóricos además de la tradición por dentro de la cual se inscribe. En tal sentido, me inscribo en la tradición del escritor, traductor, editor y periodista cultural de La Plata, como dije, Leopoldo Brizuela (aunque no necesariamente en razón de los mismos corpus o historia identitaria, según lo ha declarado en un artículo magistral) y en la de algunos trabajos precursores de narrativa breve argentina del poeta y editor Guillermo Saavedra. Hago a un lado otras iniciativas que seguramente son muy valiosas y profusas, en particular del IIEGE, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Universidad de Buenos Aires o bien el CINIG, Centro de Investigaciones en Género, como dos referentes nítidos a los cuales asistí a exponer ponencias o en cuyas revistas publiqué, pero que no considero se den en los mismos términos en que nosotros tres, tanto Brizuela, como Saavedra y yo lo hacemos o lo hemos hecho. Por otra parte, se trata de una tradición de escritores varones que han realizado aportes comenzando a configurar el acervo de un patrimonio que permanecía no sistematizado y que ellos sí lograron de modo exitoso. En adelante se verá qué hacen y dicen los colegas varones en lo relativo a estos mismos tópicos. Si prosiguen una tradición ya iniciada por semejantes escritores tan competentes, a los que me vengo a sumar de modo más modesto si así se quiere, o bien si el trabajo proseguirá exclusivamente tras los muros de la academia, no se democratizará y los escritores varones todavía por estos tiempos no se involucrarán con una resemantización de la literatura escrita por mujeres que requiere tanto de ellas como de nosotros medidas de naturaleza urgente. En eso estamos. Para eso estamos trabajando.